

Vieron entrar un colegial alto y estirado.



II

EL COLEGIO MORONVAL

Avenida de Montaigne
 "25, en el barrio más
 hermoso de París," de-
 cía el prospecto Moron-
 val.

En efecto; no se pue-
 de negar que la Avenida
 de Montaigne está situa-
 da en uno de los barrios
 más bonitos de París, en
 el centro de los Campos Elíseos, y que es muy agra-
 dable par vivir en ella, limitada por un lado por los
 muelles del Sena, y por el otro, por fuentes bordeadas
 de flores. Pero tiene el aspecto disparatado, descom-
 puesto de una vía trazada de prisa y corriendo y toda-
 vía no concluída.

Al lado de suntuosos hoteles que adornan sus redondeadas esquinas con cristales, con colgaduras de sedas de colores claros, con doradas estatuitas, con jardineras rústicas, vense casas para obreros, edificios sombríos, donde suenan los martillos de carreteros y de herradores. Hay también allí un rincón del barrio que animan por las noches los violines de Mabille. En aquella época, se veían también en la Avenida, y creo que aún existen hoy, dos ó tres pasajes sórdidos, viejos recuerdos de la antigua alameda de las Viudas, el miserable aspecto de los cuales formaba singular contraste con los esplendores que les rodeaban. Una de esas callejuelas comenzaba en el número 25 de la Avenida de Montaigne, y se llamaba el pasaje de las Doce Casas.

Unas letras doradas, en el frontón de la verja ojival del pasaje, anunciaban muy pomposamente que la institución Moronval se hallaba instalada en aquel sitio. Pero en cuanto se pasaba al otro lado de la verja, se metían los pies en ese barro negro, infecto, indestructible, que los derribos y las edificaciones recientes vierlen en derredor suyo; un barro de terreno vago. El arroyo, en medio del pasaje, el farol que cortaba el espacio, y á un lado y otro casuchas malas, solares cercados de vallas viejas, los llevaban á cuarenta años atrás y al otro extremo de París, allá por La Chapelle ó por Menilmontant.

De aquellas especies de hotelitos, que se hallaban en comunicación con la calle por medio de galerías abiertas, de balcones, de escaleras exteriores, se desbordaban los ropas puestas á secar, jaulas con conejos, un

hormiguero de chiquillos desarrapados, de gatos flacuchos y de maricas aprisionadas.

Llamaba la atención también que en tan poco sitio pudiera moverse tan numerosa población de palafreneros ingleses y de criados, tantas antiguas libreas, tantos pingajos, tantos chalecos encarnados y tantas gorrillas de telas á cuadros. Añadid que todas las tardes, á la puesta del sol, entraban allí—después de terminar su trabajo del día—las alquiladoras de sillas, los carritos tirados por cabras, los teatrillos Guignol ambulantes, los barquilleros, los mendigos de toda especie, los enanos del Hipódromo con sus jaquillas microscópicas y sus cartelones-reclamo, y tendréis una idea de ese pasaje singular, colocado como escenario lleno de trastos detrás de la magnífica decoración de los Campos Elíseos, rodeado del sordo rodar de los carruajes, de los árboles verdes, del lujo tranquilo de esas grandes avenidas, de las cuales parecía el reverso miserable y turbulento.

En medio de ese conjunto pintoresco, no estaba fuera de lugar el colegio Moronval.

Varias veces al día, un mulato de elevada estatura, muy flaco, con los lacios cabellos cayéndole sobre los hombros, cubierta la cabeza con un sombrero de cuákerro de anchas alas, y echado hacia atrás como una aureola, atravesaba el pasaje con aire de hombre atareado, seguido de media docena de diablillos, cuyos colores variaban, desde el cobre claro al más intenso negro, y que, vestidos con uniformes raídos de colegiales descuidados, pálidos, desgarrados, parecían formar parte de algún cuerpo de tropas sublevadas, pertenecientes á un ejército colonial.

El director del colegio Moronval paseaba á sus "países cálidos" como los llamaba, y las idas y venidas de aquel colegio policromo, lo descosido de sus ocupaciones, el aire raro de los profesores, completaba á maravilla la extraña fisonomía del pasaje de las Doce Casas.

Seguramente que si la señora de Barancy hubiese ido en persona á llevar á su hijo al colegio, la vista de aquella corte de los milagros, que había que atravesar para llegar al colegio, la hubiera asustado, y jamás hubiese consentido en dejar á su "angelito querido" en semejante cloaca. Pero su visita á los jesuitas había sido tan desagradable, el recibimiento tan distinto de lo que ella había esperado, que la pobre criatura, muy tímida en el fondo y muy fácil de desconcertar, había temido alguna nueva intimación, y dejó á la señorita Constancia, su doncella, el cuidado de colocar á Jack en el colegio elegido por la gente de su cocina.

Una mañana triste, fría y nevada, se detuvo el carruaje de Ida en la Avenida de Montaigne, enfrente del letrero dorado del colegio Moronval.

El pasaje estaba desierto, el farol se columpiaba pendiente de la cuerda que lo sostenía, y la fachada de las casuchas y los papeles que le servían de cristales en las ventanas, todo tenía el aspecto enmohecido, desunido, socavado, que da una reciente inundación ó la proximidad á un canal que no tiene todavía hechos sus muelles y embarcaderos.

La osada factótum avanzaba valerosamente con el chiquillo de la mano, y en la otra un paraguas.

Al llegar á la casa duodécima se detuvieron.

Estaba al otro extremo del pasaje, en el sitio donde

éste se estrecha todavía hoy para entrar en la calle de Marbeuf, entre dos tapias muy altas. Algunas ramas ennegrecidas y entecas se columpiaban por encima de una puerta pintada de verde y desteñida.

Cierta limpieza anunciaba la proximidad á la aristocrática institución, y las conchas de ostras, los platos rotos, las latas viejas de sardinas abiertas y vacías, estaban cuidadosamente apartadas á un lado del portal verde, macizo, sólido é imponente, como si diera acceso á una prisión ó á un convento.

El profundo silencio, que desde fuera parecía hacer más grandes los departamentos y los jardines del colegio, fué repentinamente turbado por el vigoroso campanillazo que dió la señorita Constancia.

Aquel campanillazo heló el corazón al pobre Jack; y en el jardín, los gorriones, agrupados en un solo árbol, con ese instinto de asociación que se les desarrolla en invierno cuando el grano escasea, echaron á volar, asustados, al alero del tejado próximo.

Nadie, sin embargo, acudió á abrir; pero oyóse cuchichear al otro lado de las sólidas hojas de la puerta; y en el ventanillo con reja que se veía en una de ellas, se vió una cara negra, de labios como belfos, de grandes ojos saltones, de sonrisa silenciosa.

—¿El colegio de Moronval?... preguntó la imponente factótum de la señora de Barancy.

La cabeza de mulato había dejado su sitio á un tipo diferente, malayo ó tártaro, con unos ojillos ribeteados, con pómulos salientes, con un cráneo estrecho y puntiagudo. En seguida apareció á su vez un mestizo, color de café con leche, curioso y sonriente; pero la puerta permanecía cerrada, y la señorita Constancia comen-

zaba á impacientarse, cuando una voz agudísima gritó desde lejos: "¿Queréis abrir, atajo de macacos?"...

Entonces se redoblaron los cuchicheos más extraños y acentuados. Hubo vueltas de llave apresuradas, luego juramentos, golpes, un escándalo terrible, y cuando al fin se abrió la puerta, Jack vió espaldas de colegiales que huían en todas direcciones, tan asustados como los gorriones de antes.

No quedaba en la entrada más que un mulato alto y flaco, cuya corbata blanca, que daba muchas vueltas alrededor de su pelado pescuezo, hacía que la cara pareciese más negra y más terrosa.

El señor Moronval rogó á la señorita Constanca que tuviese la bondad de entrar; le ofreció el brazo, y atravesaron un jardín bastante grande, pero en el cual las veredas destrozadas, los sembrados pisoteados, aparecían aún más tristes por el matiz sombrío y uniforme del invierno.

Varios edificios, dispersados, de extraña construcción, se desparramaban por en medio de los difuntos prados. El colegio era, según parece, una antigua fotografía hípica, arreglada por el señor Moronval para casa de educación. Había, entre otras cosas, una gran roncada cerrada de cristales, enarenada, que servía á los muchachos de sala de recreo, y los cristales de la cual, dispuestos como los de una estufa en parte rotos ó rajados, estaban sujetos por todas partes con sin número de tiras de papel.

En una calle de árboles encontraron á un negrito con chaleco encarnado, armado de una enorme escoba y de un cogedor de carbón. Se apartó tímidamente, respetuosamente, al pasar el señor Moronval, que le dijo:

—¡Fuego en el salón!

El negro pareció tan asombrado, tan estupefacto, como si le hubiera dicho que se había prendido fuego al salón, siendo así que lo que le mandaba era que encendiera de prisa lumbre.

Y no era aquella ciertamente una orden inútil.

No puede imaginarse nada más frío que aquel enorme locutorio, el suelo del cual, entarimado, viejo y encerado con brillo, producía la impresión de un lago helado y resbaladizo. Hasta los muebles parecían preservarse de aquella temperatura polar, empaquetados en unas fundas muy viejas y que les estaban poco á la medida, en las cuales se envolvían como enfermos de hospital en sus blusas de uniforme.

Pero la señorita Constanca no veía ni los desconchones de las paredes, ni la desnudez de aquel enorme salón, que se parecía á un corredor en parte acristalado, porque el establecimiento de fotografía hípica había dejado, á su paso por aquellos edificios disparatados, abundancia de luz, sin la cual se hubiera uno podido pasar muy bien.

La doncella estaba por completo dedicada á jugar á la señora y darse importancia.

Estaba satisfechísima, y le parecía que los muchachos debían estar muy bien allí, al aire libre como en el campo.

—Completamente como en el campo... contestaba Moronval pavoneándose.

Hubo un momento de cortedad, de instalación, como sucede en casa de los pobres, en la cual las visitas parecen siempre temerosas de espantar una masa de átomos invisibles.

El negrito encendía la chimenea. El señor Moronval buscaba una banqueta para la noble forastera. Por fin la señora de Moronval, que se llamaba antes de casarse Decostere, á la cual habían ido á avisar, hizo su entrada, saludando con ademán afectado y pretencioso. Aquella mujer bajita, muy bajita, con una cabeza larga y aplastada, toda frente y barba, debía ser algo contrahecha. Se presentaba siempre de cara, muy derecha, sin perder nunca ni una pulgada de estatura, como para disimular un no sé qué que sabía que tenía entre los omoplatos. Por lo demás, era muy amable, cariñosa y digna.

Llamó al niño á su lado, acarició sus rizosos cabellos, y dijo que tenía unos ojos muy bonitos.

—Los ojos de su madre... añadió osadamente Moronval, mirando á la señorita Constanca.

Esta no se apresuró á reclamar; pero Jack, indignado, exclamó con lágrimas en la voz:

—No es mamá;... es mi criada.

Al oír esto, la señora de Moronval, antes Decostere, un poco avergonzada de la familiaridad, adoptó una actitud reservada, que hubiese podido perjudicar tal vez á los intereses del colegio. Afortunadamente, su marido extremó sus amabilidades, comprendiendo que una criada encargada por los amos de llevar personalmente á un niño al colegio, debía de tener cierta importancia en la casa.

La señorita Constanca se lo demostró plenamente. Habló muy fuerte y con tono perentorio; no ocultó que la elección de colegio había sido dejada por completo á su discreción, y cada vez que pronunciaba el

nombre de su ama, lo hacía con cierto airecillo de protección y lástima, que desesperaba á Jack.

Discutieron el precio de la pensión; tres mil francos al año, sin contar el equipo. Después, en cuanto se hubo convenido la cantidad, el Moronval empezó á defender la cifra.

¡Tres mil francos!... Podía parecer una cifra considerable... Sí, sí, era el primero que convenía en ello... Pero el colegio Moronval no se parecía á otros establecimientos de enseñanza. No sin razón se le había dado, á la alemana, el nombre de Gimnasio Moronval, lugar libre de ejercicio para el espíritu y para el cuerpo. Al mismo tiempo que educaban á los discípulos, se les iniciaba en la vida parisiense.

Acompañaban á su profesor al teatro y á visitas. Las grandes sesiones académicas les contaban entre el público de esas justas literarias. En lugar de hacer de ellos unos brutos pedantes, atiborrados de griego y de latín, se procuraba desarrollar en ellos todos los sentimientos humanos, enseñarles también las dulzuras de la vida de familia, de la cual casi todos ellos, como eran extranjeros, se veían privados hacía mucho tiempo. A pesar de esto, no se descuidaba la instrucción, al contrario; los hombres más eminentes, sabios, artistas, no habían vacilado en asociarse á esta obra filantrópica, en calidad de profesores, profesores de ciencias, de historia, de música, de literatura, cuyas lecciones alternaban todos los días con un curso de pronunciación francesa por un método nuevo, infalible, del cual era autora la señora Moronval-Decostere. Además había cada ocho días una sesión de lectura expresiva en alta voz, á la cual eran invitados los padres ó encargados de los

29889

alumnos, para que pudiesen convencerse de la excelencia del sistema Moronval.

Este largo discurso del director que, más que nadie, hubiera necesitado las lecciones de pronunciaci3n de su mujer, fué desembuchado tanto más de prisa, cuanto que, en su calidad de criollo, se comía la mitad de las palabras, suprimía la "r," y decía "pofesó de liteatú" "oba filantópica," por profesor de literatura y por obra filantrópica.

No importa: la señorita Constancia quedó deslumbrada.

Lo del precio no era cuesti3n para ella. . . . ¿saben ustedes? Lo que se deseaba era que el niño recibiese una educaci3n esmerada y aristocrática.

—¡Oh! En cuanto á eso, no hay cuidado, dijo la señora de Moronval levantando la cabeza.

Y su marido aadió que no admitía en el colegio más que extranjeros de distinción, herederos de grandes familias, nobles, príncipes. Precisamente en el colegio había entonces un niño de sangre real, el propio hijo del rey de Dahomey. ¡Ahora sí que ya no tuvo límites el entusiasmo de la señorita Constancia!

—¡Un hijo de rey! ¿Oye usted, señorito Jack? ¡Será usted educado con el hijo de un rey!

—Sí, replicó con gravedad el director; he sido encargado por Su Majestad dahomeyana, de la educaci3n de Su Alteza real, y creo, sin que esto sea vanagloria, que he conseguido hacer de él un hombre distinguido bajo todos conceptos.

¿Qué tendría el negrito que estaba encendiendo la chimenea para agitarse tanto y mover con tanto estrépito el cogedor del carb3n?

El director continuó:

—Espero, y la señora de Moronval que se halla presente, espera también que cuando el príncipe ocupe el trono de sus mayores, recordará los buenos consejos, los buenos ejemplos que le dan sus maestros en París, y los hermosos años pasados á su lado, y sus cuidados infatigables y sus asiduos esfuerzos.

Aquí Jack sintióse muy sorprendido al ver que el negrito, que seguía ocupado delante de la chimenea, volvía hacia él su crespada cabeza y la agitaba, moviendo sus grandes ojazos blancos, con una mímica de enérgica y furiosa negación.

¿Querría decir que Su Alteza real no se acordaría de las buenas lecciones del colegio Moronval, ó que no las agradecería de ningún modo?

¿Qué sabría de eso aquel esclavo?

Después de este último discurso del director, la señorita Constancia se declaró dispuesta á pagar, según costumbre, un trimestre adelantado.

Moronval hizo un gesto magnífico, que significaba: "¡No corre prisa!"

Y, por el contrario, corría mucha prisa.

Toda la casa lo pregonaba con sus muebles cojos, sus paredes desechadas, sus alfombras rotas; y la levita negra, rapada, del Moronval, decía á su manera que corría mucha prisa, así como el vestidillo lustroso de la señora de la barbilla puntiaguda.

Pero lo que más lo demostró fué el apresuramiento con que los dos conyuges fueron á buscar en la habitaci3n contigua un gran libro-registro con broches, para inscribir en él el nombre y la edad del nuevo alumno, y la fecha de su entrada en el Gimnasio.

Mientras se solventaban esas graves cuestiones, el negro seguía acurrucado delante de la chimenea, sin que, sin embargo, pareciera necesaria su presencia.

La chimenea, que al principio habíase negado en redondo á consumir ni una astilla, del mismo modo que los estómagos cerrados á fuerza de ayuno rechazan todo alimento, devoraba ahora con avidez, avivando con toda la fuerza de su corriente de aire una hermosa llama rojiza, caprichosa y chillona.

El negrito, con la cabeza entre los puños, con la mirada fija, como extasiado, parecía una pequeña silueta diabólica, por el contraste que su negrura formaba con el fondo rojizo del hogar de la chimenea.

Abría la boca para reír silenciosamente, al mismo tiempo que los ojos.

Parecía que estaba aspirando por todas partes el calor y la luz, envuelto, tiritando, en el rayo del hogar, mientras que fuera, bajo el cielo encapotado y amarillento, la nieve blanquísima revoloteaba en torbellinos.

Jack estaba triste.

Aquel Moronval tenía cara de malo, á pesar de su dulzona manera de hablar.

Y además, en aquel extraño colegio, el niño sentíase perdido, más lejos aún de su madre, como si aquellos alumnos de color, procedentes de todos los rincones del globo, hubiesen llevado allí una tristeza de abandono, y la inquietud de las largas distancias.

Al mismo tiempo se acordaba del colegio de Vanguard, tan bien arreglado, tan lleno y tan susurrador, de los hermosos árboles, de la caldeada estufa, toda una atmósfera de dulzura, de tranquilidad cariñosa, de la

cual le había dado la sensación la mano del rector, posada un momento sobre su cabeza.

¡Oh! Por qué no se habría quedado allí?... Y al recordar lo sucedido, se dijo que tal vez tampoco le quisieran recibir en este colegio.

Tuvo un momento de mucho miedo.

Junto á la mesa, alrededor del inmenso libro de registro, el matrimonio Moronval y Constancia cuchicheaban y lo miraban atentamente. Sorprendía algunas palabras sueltas y algunas señas. La mujer de la cara larga lo miraba con simpatía, y dos veces Jack la oyó murmurar lo que había dicho el cura:

“¡Pobre niño!”

¿También ella?

¿Por qué lo compadecían todos?

Era una cosa terrible aquella compasión que sentía pesar sobre él. Sentía deseos de llorar de vergüenza, atribuyendo, con su candidez de niño, que aquella compasión de desdén, se refería á alguna particularidad de su traje, á sus piernas desnudas ó á su cabello demasiado largo.

Pero la desesperación de su madre era lo que más le asustaba, al pensar que pudieran negarse á recibirlo allí también.

De pronto vió que la señorita Constancia metía la mano en su saco y alineaba billetes de Banco, monedas de oro encima del tapete viejo y manchado de tinta. Decididamente se quedaba allí.

Se alegró con sinceridad el pobrecillo, sin pensar que lo que acababa de firmarse encima de aquella mesa era la desgracia de su vida; de toda su lúgubre vida.

En aquel momento oyóse una formidable voz de bajo, que sonaba en el desierto del jardín:

“Monjas que reposáis bajo esta tierra fría....”

Aún retemblaban los cristales del locutorio, cuando un hombrecillo gordo y bajo, ancho y rechonecho, con un fieltro de terciopelo negro, con el pelo cortado al rape, la barba en forma de horquilla, abrió la puerta ruidosamente.

—¡Encendida la chimenea del salón! gritó con estupefacción cómica. ¡Ese sí que es lujo! ¡Bah! ¡Bah! Hemos atrapado algún discípulo nuevo... ¡Bah! ¡Bah!

Por una manía de cantante, para asegurarse de la presencia en su teclado subterráneo de cierta nota de bajo, con la cual estaba muy orgulloso, y de la cual se mostraba muy preocupado, el recién llegado acentuaba todas sus frases con aquellos “¡Bah! ¡Bah!” especie de mugidos cavernosos y sordos que parecían salir de debajo del suelo de los sitios por donde pasaba.

Al ver aquella señora forastera, el niño y el montón de dinero, se detuvo de pronto, sin poder pronunciar palabra. El estupor, la alegría, el asombro, combatían en su semblante, cuyos músculos parecían hechos por expresiones diversas.

Moronval se volvió con gravedad hacia la doncella.

—¡El señor Labassindre, de la Academia Imperial de música, nuestro profesor de canto!....

Labassindre saludó dos veces, tres, cuatro, y después, por disimular su turbación, dió un puntapié al negro, el cual desapareció sin decir palabra, con el cogedor de carbón en la mano.

La puerta se abrió de nuevo para dar paso á otros dos personajes.

El uno muy feo, canoso, de cara flacucha y sin barba, con los ojos adornados con unas gafas de cristales convexos y abrochada hasta el cuello una levita vieja, que llevaba en las solapas evidentes muestras de su torpeza de miope.

Era el doctor Hirsch, profesor de matemáticas y de ciencias naturales.

Exhalaba un fuerte olor á álcali, y gracias á toda suerte de manipulaciones químicas, sus dedos eran multicolores: amarillos, verdes, azules, encarnados.

El otro hacía con este fanfoche un contraste singular.

Era bastante buen mozo, vestido cuidadosamente, con guantes claros, con el pelo pretenciosamente peinado hacia atrás, como para agrandar una frente interminable, con la mirada distraída, desdeñosa; y su espeso bigote rubio, muy lleno de cosmético, su faz ancha y pálida, le daban aire de mosquetero enfermo.

Moronval lo presentó como “nuestro gran poeta Amaury D’Argenton, profesor de literatura.”

El también, al ver las monedas de oro, tuvo el mismo movimiento de estupor que el doctor Hirsch y el cantante Labassindre... Su mirada fría se animó; pero pronto se calmó de nuevo, después de echar una mirada en redondo al niño y á la criada.

Luego se acercó á los otros profesores instalados delante de la chimenea, y después de saludarse, se miraban los tres sin hablar, con aire asustado y gozoso.

La señorita Constancia pensó que aquel D’Argenton tenía el aire orgulloso: á Jack le produjo un efecto indefinible de repulsión y de terror.

De todos los que había allí, había de sufrir el niño; pero de aquél más que de los otros. Cualquiera hubiera dicho que lo había comprendido. Sólo al verlo entrar, había adivinado en él un "enemigo," y aquella mirada, al cruzarse con la suya, lo había helado hasta el fondo del corazón.

¡Oh! ¡Cuántas veces, en las tristezas de su vida, debía volver á encontrar aquellos ojos de azul apagado y cuyas miradas, cuando se animaban, tenían los brillos del acero! Se ha dicho, que los ojos son las ventanas del alma; pero éstos eran ventanas tan bien cerradas, que no se sabía si detrás de ellas había un alma.

Cuando terminó la conversación entre la señorita Constancia y los esposos Moronval, el mulato se acercó á su nuevo discípulo, y dándole una amistosa palmadita en la mejilla:

—Vamos, vamos, amiguito... Es menester que pongamos una cara más alegre que esa.

Y es que, en efecto, Jack, al separarse de la doncella, sintió que las lágrimas humedecían sus ojos. No porque tuviese cariño á aquella mujer; pero al fin formaba parte de la casa, se acercaba á su madre todos los días, y la separación le parecía definitiva después que se fuese aquella persona.

—Constancia, Constancia, le decía en voz baja agarrándose á su vestido; no dejes de decir á mamá que venga á verme.

—Sí, sí, vendrá, señorito Jack.... Pero es necesario no llorar....

El niño tenía grandes deseos de llorar; pero le pareció que todas aquellas gentes lo examinaban, que el profesor de literatura fijaba en él su mirada irónica y

holada, y esto bastó para que comprimese su desesperación.

La nieve caía con violencia.

Moronval propuso que fuesen á buscar un carruaje; pero la factótum declaró, admirando á todo el mundo, que Agustín, con la berlina, les esperaba á la salida del Pasaje.

Una berlina.... ¡Diablo!

—Y á propósito de Agustín, dijo, me ha dado un encargo.... ¿No tiene usted aquí un discípulo que se llama Said?

—Sí, sí, perfectamente.... un muchacho encantador.... dijo Moronval.

—Y un bajo soberbio.... Va usted á oírlo.... añadió Labassindre asomándose á la puerta para llamar á Said con voz de trueno.

Un aullido terrible le contestó, seguido de la aparición del encantador muchacho.

Vióse entrar á un colegial acucho, cuya levita de uniforme, como todas esas levitas que se hacen para que duren y van colocadas en cuerpos que crecen mucho, era demasiado estrecha y demasiado corta, apretada como si fuese un caftán, y le daban todo el aire de un egipcio vestido á la europea.

Completaba la figura una cara bastante regular y abultada, pero la piel de la cual, amarilla, estirada, como si fuera á romperse, parecía haber sido distribuida con tanta parsimonia, que los ojos se cerraban solos cuando se abría la boca, y recíprocamente.

Aquel pobre muchacho, de piel demasiado corta, daba ganas positivamente de hacerle una incisión, un pinchazo, algo para consolarlo.

Recordaba muy bien al cochero Agustín, que había servido en casa de sus padres, y que le daba todas las colillas de sus cigarros.

—¿Qué quiere usted que le diga de su parte? preguntó la señorita Constanca con mucha amabilidad.

—Nada. . . . respondió simplemente el colegial.

—Y sus padres de usted, ¿cómo están? . . . ¿Tiene usted noticia de ellos?

—No.

—¿Han regresado á Egipto, como se proponían?

—No sé. . . . No escribo nunca.

En verdad, la muestra de la educación Moronval-Decostere, no era afortunada en las respuestas, y Jack, al oirlas, hacía extrañas reflexiones.

La manera indiferente con que aquel muchacho hablaba de sus padres, unido á lo que el señor Moronval decía poco antes acerca de la vida de familia, de la cual la mayoría de sus discípulos estaban privados desde la infancia, y que él se ingeniaba para hacérsela disfrutar, le causó una impresión siniestra.

Parecióle que iba á vivir con huérfanos, con niños abandonados y que estaba él tan abandonado como si viniese de Tombuctú ó de Oíahiti.

Maquinalmente se afanzaba á la falda de la horrible criada que lo había llevado allí.

—¡Oh! ¡Dile que venga á verme! . . . ; Dile que venga á verme!

Y cuando la puerta se cerró detrás de las faldas de la factótum, comprendió que todo había concluído, que todo un fragmento de su vida, su existencia de niño mimado, pertenecía ya al pasado y que ya no volvería á pasar aquellos felices días.

Mientras lloraba silenciosamente de pie contra la puerta del jardín, una mano se extendió hacia él, con una cosa negra dentro.

Era el gran Saíd que, para consolarlo, le ofrecía colillas de cigarros.

—Toma, hombre, no seas tonto. . . Tengo una maleta llena. . . . decía el interesante muchacho cerrando los ojos para poder hablar.

Jack sonreía y lloraba, hacía señas de que no quería aquellas excelentes colillas; y el colegial Saíd, cuya elocuencia era muy limitada, permanecía delante de él, sin saber qué decir, cuando entró el señor Moronval.

Había ido á acompañar á la señorita Constanca hasta el carruaje, y volvía animado de una respetuosa indulgencia para con el pesar que tenía su nuevo discípulo.

El cochero Agustín llevaba unas pieles magníficas; el caballo de la berlina parecía tan brioso, que el hijo de Barancy experimentó las ventajas de la soberbia apariencia de su carruaje. Aquello era una cosa extraña para el señor Moronval, que necesitaba á menudo recurrir, para calmar las nostalgias de sus discípulos de "países cálidos," á un método silbante, cimbrante, cortante y nada parecido al de Decostere.

—Eso es, dijo al egipcio: trate usted de distraerlo. . . . Pero, ante todo, váyanse ustedes al salón, que esto está muy frío. . . . Doy vacaciones hasta mañana, con motivo de la entrada de este nuevo colegial.

¡Pobre nuevo!

En la gran rotonda cerrada de cristales, donde una docena de mestizos estaban jugando y dando aullidos, vióse de pronto rodeado, interrogado en una jerga in-

comprendible con sus rubios cabellos rizados, su plaid, sus piernas desnudas, inmóvil y tímido: en medio de la gesticulación desenfundada de todos aquellos mestizos flacuchos y vivarachos, parecía un elegante niño parisiense perdido en la jaula grande de los monos, en el Jardín de Plantas.

Esta idea que le ocurrió á Moronval, lo divirtió mucho; pero fué arrancado de su silenciosa hilaridad por el ruido de una discusión muy animada, en la cual los "¡bah! ¡bah!" de Labassindre, y la vocecilla solemne de la señora de Moronval, reñían terrible torneo. En seguida advinó de qué se trataba y se apresuró á acudir en auxilio de su mujer, que defendía heroicamente el dinero del trimestre contra las reclamaciones de los profesores, á los cuales se les debía una cantidad considerable por atrasos.

Evaristo Moronval, abogado y literato, había ido en 1848 de Punta Pitre á París, como secretario de un diputado de la Guadalupe.

Era en aquella época un mozo de veinticinco años, lleno de ambición y de apetito y no falto de instrucción y de inteligencia. Como no tenía fortuna, había aceptado aquella posición porque le pagasen el viaje y poder así llegar hasta este terrible París, cuya llama se extiende hasta tan lejos, y atrae también á las mariposas de las colonias.

Apenas desembarcó, abandonó á su diputado, adquirió algunas relaciones y se lanzó á la política parlante y gesticulante, esperando encontrar en ella sus éxitos de Ultramar. Pero no había contado con la guasa parisiense y con aquel pícaro acento criollo, del cual no pudo deshacerse jamás, á pesar de todos sus esfuerzos.

La primera vez que habló en público, no recuerdo con motivo de qué proceso por delito de imprenta, tuvo un apóstrofe violento contra esos "museabes esbíos que deshongan la liteatúa;" y la formidable carcajada con que fué acogida la frasecilla, advirtió al pobre Evaristo Moronval la dificultad enorme que tendría para hacerse un nombre como abogado.

Contentóse, pues, con escribir; pero pronto echó de ver que no es tan fácil ser célebre en París como en un pueblo. Muy orgulloso, echado á perder por sus éxitos de campanario, violento, por esta causa, hasta el exceso, pasó sucesivamente por las redacciones de varios periódicos y no pudo permanecer en ninguna.

Entonces comenzó para él esa terrible vida de vaca rabiosa que lo destroza á uno en seguida ó que lo cura de espanto. Fué uno de esos mil pobres peleles famélicos y orgullosos, que se levantan todos los días en París, aturdidos por el hambre y por sus ensueños de ambición, devoran por la calle á bocaditos un panecillo de dos cuartos que llevan escondido en el bolsillo, que se ensucian la manga de la levita con tinta, limpiando en ella la pluma y que se blanquean la camisa con un pedazo de tiza de billar, sin otra cosa para calentarse que los caloríferos de las iglesias y de las bibliotecas.

Conoció todas las humillaciones, todas las miserias, y el no fiarle nadie la comida, y el negarle la llave de su casa cuando se retiraba después de las once de la noche, y el no tener más que un cabo de vela escaso para toda la noche, y el mojarse los pies por todas las roturas de las botas.

Fué uno de esos profesores de cualquier cosa que desempiedran las calles de París inútilmente; hizo fo-

lletos humanitarios, artículos para las enciclopedias á medio céntimo la línea, una historia de la Edad Media en dos tomos, á veinticinco francos el volumen; guías, manuales y copias de obras dramáticas para casas especiales.

Profesor de inglés en algunos colegios, fué despedido de todos por pegar á los muchachos, siguiendo una vieja costumbre criolla. Luego fué pretendiente á un destino de escribiente en la "Morgue;" pero fracasó por falta de recomendaciones, y también con motivo de un proceso á que estuvo sujeto por motivos políticos.

En fin, después de tres años de esta terrible existencia, cuando se hubo comido un número incalculable de rábanos podridos y de alcachofas crudas; cuando hubo perdido las ilusiones y el estómago, la casualidad le hizo encontrar una lección de inglés en un colegio de señoritas que dirigían tres hermanas, las señoritas Decostere.

Las dos mayores pasaban de los cuarenta años, y la tercera iba á llegar á los treinta. Muy pequeña, sentimental y llena de pretensiones, la inventora del método Decostere estaba amenazada, como las hermanas, de celibato perpetuo, cuando Moronval la pidió en matrimonio y fué aceptado como novio.

Una vez casados, vivieron algún tiempo en la casa de sus hermanas, en la cual uno y otro eran útiles dando lecciones. Pero Moronval había adquirido durante su miseria hábitos de holganza, de café, y la amistad de una serie inacabable de bohemios que invadieron el tranquilo y honrado colegio de niñas. Además, el mulato educaba á sus discípulos como hubiera cultivado una plantación de cañas de azúcar. Las dos solteronas

Decostere, que adoraban á su hermana, viéronse obligadas, sin embargo, á alejar al matrimonio, dándole unos treinta mil francos de indemnización.

¿Qué hacer con aquel dinero?

Moronval tuvo primero intenciones de fundar un periódico, una Revista; pero el miedo á quedarse sin un cuarto pudo más en él que el deseo de imprimir sus propias obras.

Ante todo, necesitaba un medio seguro de enriquecerse, y, busca que busca, un día tuvo una idea ingeniosa.

Sabía que mandan á París muchachos de los más lejanos países para que los eduquen. Llegan de Persia, llegan del Japón, del Indostán, de Guinea, confiados á los capitanes de los buques ó á comerciantes que les sirven de corresponsales.

Como toda esa gente suele estar bien provista de dinero y es bastante novicia sobre la manera de emplearlo, Moronval comprendió que era una mina fácil de explotar. Además, el sistema de la señora Moronval Decostere podía ser perfectamente aplicado á corregir toda clase de acentos extranjeros y pronunciaciones defectuosas. El mulato recurrió á ciertas relaciones que tenía en los periódicos de las colonias para hacer que insertasen un reclamo asombroso, escrito en varios idiomas y reproducido en los periódicos de Marsella y del Havre, entre los anuncios de vapores y los extractos de la "Agence Véritas."

El primer año, un sobrino del imán de Zanzíbar y dos soberbios negros de la costa de Guinea, desembarcaron en Batignolles, en la casita de Moronval, que en lo sucesivo resultó muy pequeña para su industria. En-

tonces se echó á buscar un local suficiente, y para conciliar la economía y las exigencias de su nueva posición, alquiló en aquel horrible Pasaje de las Doce Casas los abandonados edificios de una fotografía típica que acababa de declararse en quiebra, sin duda porque los caballos no quisieron nunca entrar en aquella alcaca.

Podía censurarse al nuevo colegio aquella abundancia de galerías acristaladas; pero aquello era sólo provisional, porque los fotógrafos hicieron esperar á Moronval una próxima expropiación para una vía imaginaria en aquel barrio, cruzado ya en todas direcciones por tantas calles sin acabar.

Dijéronle que por allí debía pasar un boulevard, y que el proyecto se hallaba ya en estudio; y ya supondréis el efecto que aquella indemnización en perspectiva debió de producir en el colegio de Moronval. El dormitorio resultaría húmedo, la sala de recreo se elevaría en verano á una temperatura de estufa. Todo ello no importaba. Se trataba solamente de firmar un contrato de arrendamiento por largo plazo, de colocar en la puerta un gran rótulo con letras doradas, y de esperar lo que viniese.

De veinte años á esta parte, ¡cuántos parisienses han arruinado sus facultades, su fortuna, su vida, con esa fiebre de esperanza!... Apoderóse furiosamente de Moronval, y desde aquel momento la educación de sus alumnos, su bienestar, fueron lo que menos le preocupó.

Quando se necesitaba urgente una reparación, contestaba: "Esto cambiará pronto"... ó: "Es cuestión de dos meses nada más"....

Y todo se volvían proyectos fantásticos, basados en

la exorbitante suma de la expropiación. Debía continuar su negocio con los muchachos de "países cálidos" en mayor escala, hacer una obra grandiosa y civilizadora y fructífera.

Entretanto, descuidaba el colegio, agotaba su actividad en inútiles gestiones, y siempre, cuando volvía á casa, preguntaba:

—¡Qué! ¿No ha venido nadie para eso de la expropiación?

Nadie. ¡Siempre nadie!

Pronto comprendió que lo habían engañado; y, en aquella naturaleza impresionable y débil, de criollo indolente, el descorazonamiento degeneró en seguida en cobardía. Ni siquiera vigiló á los alumnos. Con tal de que se acostaran temprano, con objeto de gastar la menor cantidad posible de lumbre y de luz, no se les exigía más.

El día se reparaba en horas de clases, vagas, indeterminadas, á capricho del director, y en hacer una porción de recados, de los cuales encargaba á los muchachos, para su servicio personal.

Al principio, los mayores seguían el curso en un instituto. Se suprimió el gasto, pero sin dejar de cobrarlo, á los interesados, en las cuentas trimestrales.

¿Acaso los profesores particulares no podían reemplazar ventajosamente á la rutina universitaria? Y Moronval llamó en su auxilio á sus antiguos amigos de café, un médico sin título, un poeta sin editor, un cantante sin contrata; gente inútil, frutos secos, desdichados, rabiosos como él con la sociedad, porque ésta no quería reconocer ni aprovechar sus talentos.

¿Habéis observado de qué modo esos entes se buscan

en París, cómo se atraen, cómo se agrupan, comunicándose unos á otros sus quejas, sus exigencias, sus vanidades ociosas y estériles? Llenos en realidad de un desprecio mutuo, se hacen unos con otros un público complaciente, admirador, fuerte, del cual no les queda sino el vacío. Figuraos lo que serían las lecciones de semejantes profesores, lecciones apenas pagadas, y de las cuales la mayor parte del tiempo se pasaba en discusiones alrededor de un jarro de cerveza, entre el humo de las pipas, humo que bien pronto se hacía tan espeso, que acababan por no verse y por no entenderse. Hablaban fuerte, sin embargo; se quitaban la palabra de la boca, agotaban hasta lo absurdo las pocas ideas que tenían, en un vocabulario especial, en el cual el arte, la ciencia, la literatura, estirados en todos sentidos, deformados, recortados, salían hechos trizas, como telas preciosas al esfuerzo de ácidos violentos.

¿Y qué era de los muchachos en medio de todo esto?

Sólo la señora de Moronval, que había conservado las buenas tradiciones del colegio Decostere, tomaba en serio su papel; pero el repaso de la ropa y la cocina, el cuidado de aquel desmantelado establecimiento, le absorbían una gran parte del tiempo.

Era necesario que, por lo menos para salir á la calle, los uniformes estuviesen en orden, porque los muchachos iban muy orgullosos con sus levitas, llenas de galones hasta el codo. En el colegio Moronval, como en ciertos ejércitos de la América del Sur, no había más que sargentos, y era eso una bien pequeña compensación á las tristezas del destierro y al mal trato del maestro.

Porque el mulato no andaba con bromas. En los

primeros días del trimestre, cuando la caja se le llenaba de dinero fresco, menos mal solía sonreír; pero el resto del tiempo se vengaba en aquellas pieles negras, de lo que tenía de negro la sangre que corría por sus venas.

Su violencia acabó de hacer lo que su indolencia había comenzado.

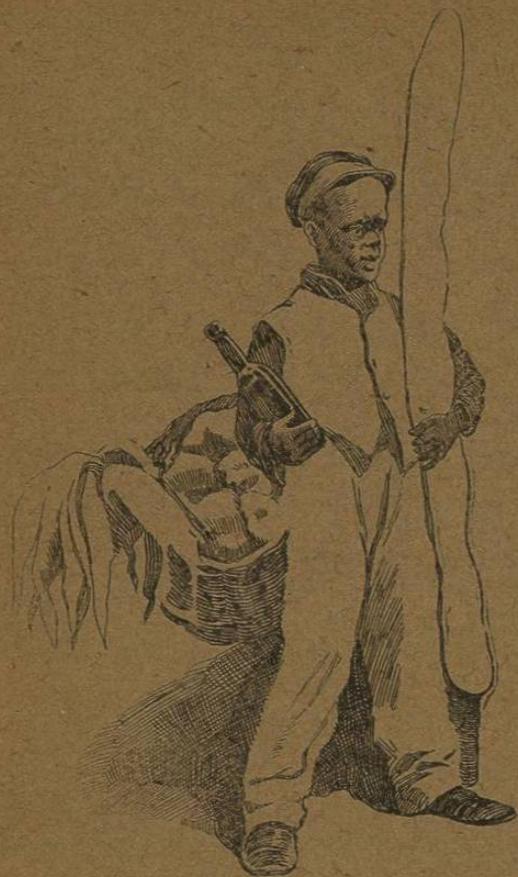
Bien pronto algunos corresponsales, armadores, cónsules, se asombraron de la educación perfeccionada del Gimnasio Moronval y quitaron á los muchachos. De quince, quedaron reducidos á ocho.

“Número de alumnos limitado”, decía el prospecto. Y esa era la única verdad que decía.

Una tristeza sombría cerníase sobre aquel gran establecimiento desamueblado; estaba hasta amenazado de un embargo, cuando de pronto llegó el pobre Jack, conducido por Constancia.

Ciertamente no era una fortuna el importe de aquel trimestre adelantado; pero Moronval había comprendido toda la ventaja que se podía sacar de la situación de aquel nuevo alumno y de aquella madre extraña, que él adivinaba antes de conocerla.

Así es que aquel día hubo una pequeña tregua en los rigores y cóleras del mulato. Hubo en honor del nuevo alumno una gran comida, á la cual fueron invitados todos los profesores, y los pobres chicos de “países cálidos” tuvieron un traguito de vino; cosa que no les sucedía desde hacía mucho tiempo.



Y ahí tenéis á lo que quedó reducido el descendiente del omnipotente Tocodonou....



III

APOGEO Y DECADENCIA DEL BEVEZUE-
LO MADU-CHEZO

Si el Gimnasio Moronval existe todavía, cosa que me complace en creer, denunció á la Comisión de Salubridad el dormitorio de aquel res-

petable establecimiento como el lugar más insalubre, más extravagante, más húmedo, en que jamás se ha hecho dormir á niños.

Figuraos una enorme habitación de un entresuelo, sin ventanas; que recibe luz solamente por el techo, gracias á una montera de cristales, y perfumada con un olor indeleble de colodión y éter, porque había servi-